

EL COLEGIAL



PRECIO
\$1.-

La Reina ~ de las Nieves

II PARTE

Dicho eso se alejó. En la plaza los muchachos más atrevidos tenían la costumbre de atar sus trineos a los carros de los labradores, y de este modo se daban grandes paseos. Divertíanse extraordinariamente. Cuando estaban en lo mejor de su juego, apareció un gran trineo pintado de blanco; su ocupante llevaba un magnífico abrigo de piel y una gorra de lo mismo, todo blanco. El trineo dió dos vueltas a la plaza y Kay se apresuró a atar su propio trineo a la trasera del mayor. Inmediatamente éste echó a correr con rapidez y se aventuró por la calle vecina. El conductor dió media vuelta y sonrió cordialmente a Kay, como si ya se conociesen. Y cada vez que el niño quería soltar su propio trineo, el conductor volvía a sonreír, de maneras que el niño se abstenía de recobrar la libertad. De esta manera llegaron a las puertas de la ciudad. Y empezó a caer una nevada tan espesa, que el niño ya no pudo darse cuenta del camino que seguían. Desató las cuerdas para desprenderse del trineo, pero fué en vano, porque el suyo lo seguía fielmente. Gritó, pero nadie, al parecer, le oyó y, entretanto, el trineo mayor seguía avanzando por la nieve. De vez en cuando el vehículo daba un salto, como si pasara por encima de zanjas o pequeñas desigualdades del terreno. Kay estaba muy asustado y de-

seaba rezar sus oraciones, pero, por muchos esfuerzos que hacia, sólo consiguió recordar las tablas de multiplicar.

Los copos de nieve eran cada vez mayores, hasta que al fin tuvieron el tamaño de pollos blancos. De pronto detúvose el trineo, saltó a tierra el conductor, cubierto de pieles blancas, y entonces Kay pudo ver que era una dama alta y majestuosa, toda blanca y brillante. Era la mismísima Reina de las Nieves.

—Hemos hecho el viaje con gran rapidez —dijo— pero aquí hace un frío bastante para matar a cualquiera. Ve a abrigarte debajo de mi pelliza de piel de oso.

Lo metió en el trineo, a su lado; lo envolvió en su pieles y Kay tuvo la impresión de que lo abrigaba un manto de nieve.

—¿Todavía tienes frío? —preguntó la dama.

Luego lo besó en la frente. ¡Oh! ¡estaba más fría que el hielo! Y aquel frío penetró hasta el corazón del niño, que ya estaba casi helado. Le pareció que se moría, pero eso fué momentáneo, pues inmediatamente se sintió bien y ya no tuvo frío.

—¡Mi trineo! ¡No quiero perder mi trineo! —exclamó.

Lo recordó en aquel momento y pudo ver que iba sujeto a uno de los pollos blancos que volaban tras el trineo mayor.

La Reina de las Nieves besó nuevamente a Kay y éste olvidó por

completo a Gerda, a la abuela y a todos los demás habitantes de su casa.

—Ahora no conviene que te dé ningún beso más— dijo la Reina de las Nieves.

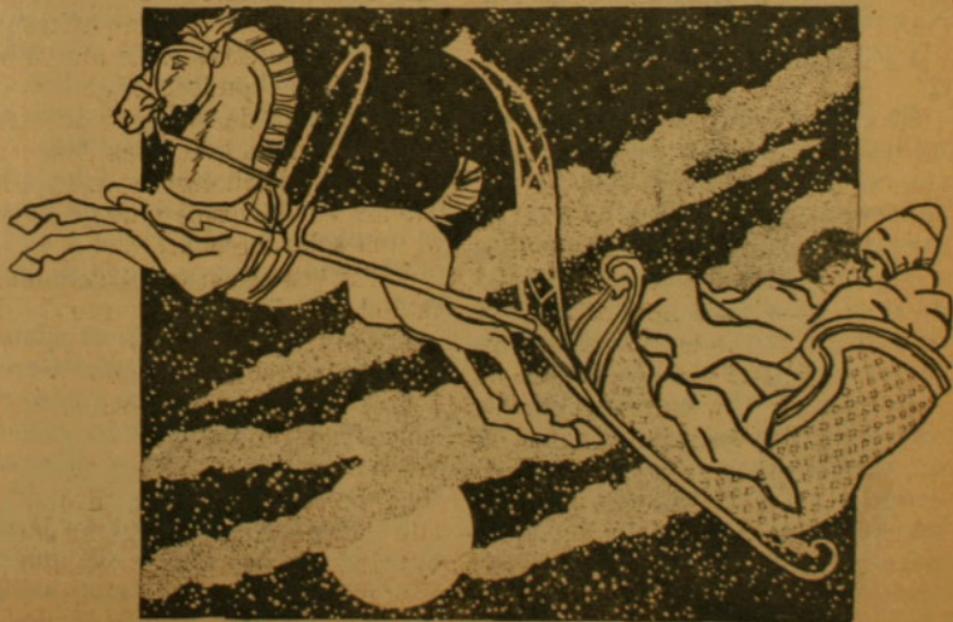
Kay la miró y pudo ver que era muy hermosa. No habría podido imaginarse un rostro más bello e inteligente. Ya no le pareció ser de hielo, como cuando la vió saludarlo a través de la ventana. A los ojos de Kay la dama no tenía el menor defecto y no le daba ningún miedo. Díjole que sabía calcular mentalmente, aun quebrados y que conocía la extensión en millas y el número de habitantes de su país. Ella seguía sonriéndole y el niño pensó que quizá él era demasiado ignorante. Luego miró al anchuroso cielo, por el cual se elevaban sobre una nube, rodeados por la tempestad y en tanto que el viento silbaba a sus oídos una canción conocida.

Volaron sobre bosques y lagos, sobre océanos e islas. El frío viento silbaba por debajo de ellos, au-llaban los lobos y los negros cuervos se alejaban graznando, pero, arriba, la luna brillaba serenamente. Y Kay la observó durante las largas, larguísimas noches invernales. De día dormía a los pies de la Reina de las Nieves.

El jardín mágico

Kay con la Reina de las Nieves volaron sobre bosques y lagos hasta llegar a la mansión que habitaba la hermosa reina. Kay la observaba y dormía a los pies de ella.

¿Qué era de la pequeña Gerda desde que perdió la compañía de Kay? ¿Dónde podría estar éste? Nadie lo sabía ni podía dar la mas leve noticia acerca de su paradero.



Kay levantó los ojos hacia la Reina de las Nieves y el trineo se remontó por los aires.

Lo único que sabían los demás muchachos, era que ató su pequeño trineo a la trasera de otro espléndido, blanco, que paseó por la plaza y luego salió de la ciudad. Nadie sabía dónde estaba y por él se derramaron muchas lágrimas. Gerda lloró amargamente. Por fin, la gente creyó que Kay estaría muerto. Sin duda, se cayó al río que corría a corta distancia de la ciudad.

¡Cuán largos fueron los días de aquel invierno! Mas, por fin, llegaron los días de la primavera.

—Kay ha muerto —decía Gerda.

—No lo creo —le contestaba el sol.

—Kay ha muerto —repetía la niña a las golondrinas.

—No lo creemos —le contestaron ellas.

Y, finalmente, tampoco lo creyó la pequeña Gerda.

—Me pondré mis zapatos nuevos de color rojo —se dijo una mañana. Kay no los ha visto nunca.

Y luego iré al río a preguntar por él.

Se levantó muy de mañana, dió un beso a la anciana abuelita, que aun estaba dormida, se calzó los zapatitos rojos y salió sola por la puerta de la ciudad que daba al río.

—¿Es verdad que me has quitado a mi compañero de juegos? Te daré mis lindos zapatitos si me los devuelves —dijo la niña al río.

Le pareció que las pequeñas ondulaciones del agua se movían de un modo raro, y entonces ella se descalzó y tiró los zapatos rojos, su mayor tesoro, al agua del río. Fueron a caer cerca de la orilla y las pequeñas ondulaciones del agua se los devolvieron. Parecía como si el río no quisiera aceptar su ofrecimien-

to, puesto que no se había apoderado de Kay.

La niña se figuró que no había arrojado los zapatos a bastante distancia; se subió a una barca que descubrió entre los juncos y, situándose en la proa, volvió a arrojar los zapatos al agua. Pero como la barca no estaba amarrada, los movimientos de la niña fueron causa de que se alejase de la orilla. La niña, al notarlo, quiso saltar a tierra, pero antes de llegar a popa, ésta se hallaba ya a un metro de distancia de la orilla y la barca se alejaba de ella por momentos.

La pequeña Gerda se asustó en extremo y se echó a llorar, pero solamente la oyeron los gorriones. Como ellos no podían llevarla a tierra, se limitaron a volar a su lado pidiendo, cual si quisieran decirle: “Estamos aquí”. “Estamos aquí”. La barca se alejaba rápidamente, arrastrada por la corriente; Gerda se sentó y permaneció inmóvil. Cubríanle las piernas y los pies solamente las medias. Los zapatitos rojos flotaban detrás de la barca, pero la niña no pudo recogerlos.

Las orillas de ambos lados eran lindas; estaban cubiertas de flores, de hermosos árboles viejos y en los prados vió carneros y ovejas, pero ni una sola persona.

—Tal vez el río me lleva adonde está el pequeño Kay —pensó Gerda.

Esta idea le dió ánimo y pasó varias horas contemplando satisfecha el espectáculo que se ofrecía a sus miradas.

De pronto vió un hermoso jardín lleno de cerezos. Había allí una casita con puertas y ventanas azules, el tejado de paja y dos soldados de madera ante ella, que presentaron

La Reina de las Nieves

sus armas al pasar la niña en la barca. Gerda los llamó figurándose que estaban vivos, pero ellos, naturalmente no contestaron. Pasaba a corta distancia de ellos, porque la corriente llevaba el bote cerca de la orilla. Gerda los llamó otra vez, con mayor fuerza, y entonces salió de la casa una anciana; apoyábase en un largo cayado y se cubría la cabeza con un sombrero de anchas alas, para defenderse del sol. Y aquel sombrero tenía pintadas multitud de flores.

—¡Pobre niña! —exclamó la viejita— ¿Cómo has sido arrastrada por la corriente?

Luego se metió en el agua, asíó la barca con el cayado y sacó a tierra a la niña.

Esta se puso muy contenta al verse de nuevo en tierra, aunque aquella vieja le daba un poco de miedo.

—Ven y me dirás quién eres y cómo estabas en la barca —dijo la anciana.

Cuando Gerda le hubo referido toda su historia y le preguntó si había visto a Kay, ella contestó negativamente, pero añadió que lo estaba aguardando. Era preciso que Gerda no estuviese triste y quisiera comer cerezas y ver las flores del jardín, que eran mucho más bonitas que las de los libros de láminas. Luego tomó a la niña de la mano y tras de entrar en la casa, cerró la puerta.

Las ventanas eran muy altas y estaban pintadas de rojo, azul y amarillo, de manera que daban una extraña luz a la estancia. Sobre la mesa había gran cantidad de hermosas cerezas, y Gerda pudo comer las que quiso. Mientras tanto, la vieja la peinaba con un peine de oro, que le dejó el cabello rizado y brillante en torno del hermoso rostro, más bello entonces que una rosa.

—Mucho he deseado una niña como tú —dijo la vieja.— Ya verás qué bien vivimos las dos.

(Continúa en la última tapa)



Siempre he deseado tener una niña como tú, dijo la viejecita.



Lindor el

RECUERDE: Lindor se cree hijo del viejo menestral Galvén; pero un día Galvén, antes de morir, le revela que su verdadero padre es el barón Adrián de Sagramor, cobardemente asesinado y despojado de sus bienes por el señor de Faunus. Aunque Lindor no es hombre de armas, jura vengar a su padre y recobrar la herencia que le pertenece. Mientras va en busca del señor de Faunus, se sienta a descansar sobre una piedra.

CAPITULO II



1.—Lindor de pronto exclamó:—¡A quién podré pedir ayuda y consejo?—¡A mi amo!, respondió una voz a su lado.—Lindor se volvió bruscamente y lleno de sorpresa vió a un muchachito vestido de rojo.— ¡No temas, le dijo el muchachito sonriendo, no te haré ningún mal, aunque soy el duende Cachetín y me gusta burlarme de los niños malos!—¡Y dónde podré hallar a tu amo?, preguntó Lindor.



2.—¡Es fácil!, respondió Cachetín. Mi amo tiene su morada en medio del bosque y yo te guiaré, bello menestral.—No deseo otra cosa, amable Cachetín, replicó Lindor poniéndose de pie y tomando su instrumento del cual no se separaba nunca.—En el acto el duende rojo desapareció y en su lugar apareció un pajarillo que fué guiando a Lindor hasta la espesura del bosque. De pronto vió un claro y una casa pequeña.



3. En la puerta estaba un anciano majestuoso.—Noble anciano, le dijo Lindor con mucho respeto, vuestro servidor me ha asegurado que vuestra sabiduría podría ayudarme en la situación apurada en que me encuentro.—Sí, joven, dijo el anciano interrumpiéndole; conozco la historia de tu vida y sé también que has jurado vengar a tu padre. Yo te ayudaré a cumplirlo. Entra en mi casa.



4.—Lindor entró en casa del anciano y se sentó en el escabel que él le indicó. El anciano se sentó en un gran sillón y dijo:— Amiguito, yo soy el mago Persides y estoy dispuesto a ayudarte; pero necesito saber qué es lo que deseas de mí.—Ante todo, señor, respondió Lindor, necesito saber dónde se encuentra el asesino de mi padre y enseguida cómo debo proceder para vencer a un caballero tan poderoso.

Menestral



5.—El mago Persides se acarició su larga blanca barba y replicó: —Amiguito mío, no estoy en condiciones de responder por ahora a esas preguntas. Pero te invito a que pases la noche bajo mi techo y mañana, al despuntar el alba podré decirte dónde se encuentra el castillo del señor de Faunus y te explicaré los medios de que debes valerte para triunfar. Lindor se arrodilló a los pies del mago y le dió las gracias con mucha efusión. Se levantó en seguida a una señal del mago Persides y éste le dijo: Pasemos al comedor a tomar un refrigerio.



6.—El pajarillo que había guiado a Lindor hasta la casa del mago, volvió a tomar su forma de duende y con mucha gracia y amabilidad se encargó de servir a la mesa. Lindor contó entonces al buen mago su encuentro con la bella Eliana de Logroño y mostró la rosa que la bella hija del señor de Logroño le había lanzado desde el balcón como recuerdo de despedida. Entonces el mago dijo:—Lindor, conserva muy bien esa flor porque es un talismán que te traerá siempre buena suerte. Y ahora, si me haces el favor, deleita mis oídos con tu música.



7.—Lindor tomó al punto su viola y su arco y empezó a tocar una hermosa melodía que luego se convirtió en una balada con palabras sentidas y conmovedoras que brotaban armoniosas de la garganta del joven menestral. Cuando terminó de tocar y cantar, el mago Persides le dijo con benevolencia: —Lindor, amiguito mío, te aconsejo que nunca dejes de tocar esta melodía cuando te acongoje algún pesar. Dicho esto, el buen mago condujo a su joven huésped al aposento donde debía dormir. Lindor estaba muy cansado, de modo que se quedó dormido prontamente.



8.—Mientras el joven menestral se entregaba de lleno a un sueño benigno y reparador de sus fuerzas gastadas, el mago Persides entró en la cámara de los estudios seguido de Cachetín, se sentó ante un enorme libro colocado sobre una mesa y leyó algunas líneas a la luz de una lámpara de aceite. De pronto dijo a Cachetín: —Anda y tráeme la bola de cristal que está en el cofre grande. Quiero consultar la bola mágica para saber dónde está el castillo del señor de Faunus y averiguar el modo cómo hay que luchar contra él para vencerlo.

(Continuará)

Los dos huérfanitos

RECUERDE: Damián y Paulina fingían dormir y sorprenden una discusión entre sus padres. Los pobres niños saben así que son huérfanos y que hasta entonces han vivido a expensas de sus padres adoptivos. En el acto deciden abandonar la choza de los pescadores para ganarse el sustento por sí mismos.

CAPÍTULO II

Paulina y Damián se hallaron caminando por la carretera y entonces dieron libre curso a sus lágrimas que hasta ese momento habían retenido a duras penas. El viento soplaba con fuerza levantando el polvo y la arena que tapizaban el camino costero. A lo lejos, retumbaba el trueno y encima de la cabeza de los dos hermanos corrían velozmente unas nubes negras que eran iluminadas intermitentemente por el reflejo de la luz de un faro. Detrás, a lo lejos, rugía el mar desencadenado, siniestro e impotente.

Los huérfanitos caminaron mucho, mucho, sin importarles hacia qué punto se dirigían. Lo principal era alejarse de la choza donde habían vivido para que nadie los volviese a ella.

—¿Estás cansado? preguntó Paulina a su hermano que era menor que ella.

—No, hermana; sigo firme lo mismo que tú.

Ambos eran robustos. Paulina tenía doce años, pero su corpulen-

cia la hacía aparecer como una muchacha de catorce. Su figura era muy simpática y en sus bonitos ojos brillaba una mirada llena de franqueza que revelaba un alma pura y buena.

Damián, lo mismo que su hermana, representaba más edad de la que tenía y casi era de igual estatura que Paulina.

—¡Qué viento más fuerte! Es una lástima que lo tengamos en contra nuestra, dijo Damián.

—Consuélate, Damián; porque en vez del viento podíamos tener la lluvia en nuestra contra y eso sería peor. El viento empuja las nubes hacia atrás de nosotros...

Damián volvió maquinalmente la cabeza y ese movimiento fué una verdadera suerte, pues, gracias a él, pudo ver los dos faros de un auto que se les venía encima a toda velocidad. Con el zumbido del viento y el ruido de la tormenta que retumbaba a lo lejos, no habían sentido la llegada del auto.

—¡Cuidado! exclamó el muchacho haciéndose bruscamente a un lado del camino y arrastrando consigo a su hermana.

Y este movimiento instintivo fué ejecutado con tal violencia que Paulina cayó al suelo. El auto pasó como un bólido, casi rozando sus cuerpos. Paulina se levantó un poco aturdida por la caída.

—¡Qué susto! dijo.

—Yo me ví entre las ruedas, dijo Damián. ¡Qué bandidos! ¡Podían siquiera tocar la bocina!

—Si no es por ti, a mí me hubiese atropellado. ¡Me has salvado la vida, hermanito!

—Ahora que marchamos solos por el mundo, pienso que te salvaré muchas veces más, hermana, respondió el niño.

Paulina no respondió, pero un escalofrío bastante desagradable le corrió por la espalda. La dulce imagen de mamá Catalina surgió en su recuerdo y le pareció verla con su rostro bondadoso y junto a su cama bien calentita.

Damián pensaba en otra cosa, pensaba en que la policía podía seguir tras sus huellas para volverlos al hogar y esta idea le causaba un miedo horrible.

—¿No te hiciste daño? preguntó su hermana.

—No, no me hice nada, replicó Paulina.



Un perro surgió de las sombras de la noche...

—Entonces sigamos adelante.

Habían andado unos doscientos metros, cuando les pareció oír un gemido, algo así como una queja, en alas del viento.

—¿Oíste, Damián?

—Sí. ¿Qué será?

—No sé...

Sus corazones empezaron a latir de inquietud. Siguieron caminando con el oído atento y el paso vacilante, y el lamento volvió a dejarse oír, menos distante y más lúgubre, haciendo estremecer a los dos niños.

—¿Será un alma en pena? dijo Damián.

—Tal vez sea algún bandolero que quiere atraernos, dijo Paulina.

Sin querer retroceder, no se atrevían tampoco seguir adelante. De repente vieron que una sombra se destacaba en medio de la noche penumbrosa y avanzaba hacia ellos. Estuvieron a punto de echar a correr en dirección contraria; pero en seguida se dieron cuenta de que se trataba de un perro de talla mediana, de pelo negro y corto. El animal no parecía animado de malas intenciones y Damián dejó caer la piedra que ya había recogido para emplearla como arma ofensiva.

Paulina se inclinó para acariciar al perro, pero éste se esquivó lanzando unos pequeños y extraños ladridos. Casi al momento llegaron otra vez a oídos de los niños los lamentos que les había infundido tanto miedo, y esta vez mucho más cercanos. El perro se puso a gemir como si fuese una manera de responder a los lamentos. Y su actitud era tan expresiva que los niños no pudieron por menos de comprender.

—¡Su amo está herido y el perro

viene a buscarnos para que le prestemos ayuda! exclamó Damián.

Guiados por el perro los dos hermanos llegaron junto a un hombre que yacía lamentándose en el suelo.

—¡Este hombre ha sido atropellado por el auto que pasó hace poco! dijo Damián.

—¡De veras! exclamó Paulina aterrada. ¡Y los miserables no se detuvieron!

—No, podemos dejarlo en medio del camino; llevémoslo allí, junto a esa cerca.

Lo transportaron con el mayor cuidado, pero a cada movimiento, el hombre lanzaba un quejido; sus brazos colgantes parecían zafados o quebrados. En la cara no tenía nada, pero todo su rostro expresaba un profundo sufrimiento.

—¿Está usted mejor? le preguntó Paulina.

—Tengo sed, murmuró el infeliz con voz débil.

Damián destapó una cantimplora que el atropellado llevaba consigo y le dió de beber.

—¡Gracias!

—Creo que haríamos bien en ir a buscar auxilio a la casa más cercana, dijo Paulina.

—¡No, dijo el pobre hombre con su voz débil e insegura, no vale la pena! Siento que me muero... ¡agua!

Damián volvió a darle de beber. El hombre pareció más animado y dijo:

—¿Quiénes son ustedes?

Ante esta pregunta que, sin duda el moribundo no creía indiscreta, Damián y Paulina se miraron desconcertados. ¿Confesarían la verdad, le dirían a ese desconocido que ellos se habían fugado? ¿Por qué no? ¡Bah, no había peligro! Y

le contaron su aventura. El hombre atropellado sonrió tristemente y les dijo:

—¿Y a dónde se dirigen ahora?

¡Otra pregunta desconcertante!

¿Qué podían contestar a eso?

—¡No lo sabemos! acabó por decir Damián.

—Por este camino se va a la estación de Alcones. Allí pueden tomar el tren de la capital. ¿De dónde vienen?

—De Navidad.

—Han andado mucho, niños. Pero les falta mucho todavía para llegar a Alcones...

El hombre se detuvo presa de un acceso de tos que pareció dejarlo completamente agobiado. Luego prosiguió:

—Voy a morir... ustedes son buenos niños. Yo iba a la estación... para tomar el tren... En Santiago tengo una hija... no la veo desde hace mucho tiempo... Le llevaba dinero... aquí... Tómenlo ustedes y llévenselo a ella... Domitila Barrientos... calle Dolores N.º 85... el dinero está oculto entre el paño y el forro de mi chaqueta... En el bolsillo hay veinte pesos y algo más en sencillo... es para ustedes... ¡ay, siento que me ahogo!...

Le vino otro acceso de tos. Los niños le sostuvieron la cabeza para aliviarlo. De repente, sintieron que la cabeza pesaba demasiado y que el cuerpo se quedaba inmóvil.

—Parece que ha muerto, susurró Damián.

—¡Dios mío, qué haremos! dijo Paulina.

—Haremos lo que nos dijo que hiciéramos, respondió Damián, sacándole la chaqueta donde estaba oculto el dinero.

El perro negro gemía echado a los pies del hombre muerto y miraba a los muchachos como pidiéndole ayuda.

—¡Pobrecito, nada podemos hacer! dijo Damián acariciando la cabeza del perro.

—Vamos a dar cuenta a la policía, dijo Paulina.

—Estás loca, respondió Damián. Nos meterían presos y nos volverían a casa. ¡No, no! Sigamos nuestro camino... Ya lo encontrarán y verán que ha sido atropellado... Creerán que los mismos conductores del auto lo hicieron a un lado del camino...

Llamaron al perro para que se fuera con ellos, pero el animalito los miró sin moverse. Damián sacó un cordel con el cual hacía bailar el trompo cuando jugaba y lo amarró al cuello del perro. Aliando las cacias con el esfuerzo, consiguió al fin que el perro lo siguiera.



El niño creyó prudente anotar la dirección que le había dado el hombre atropellado.

—¿Cómo se llamará? dijo Paulina.

—Le pondremos Betún.

—Damián, dijo de pronto Paulina; no podemos dejar así el cuerpo del pobre hombre atropellado.

—Pero, ¿qué podemos hacer?

—Rezarle alguna oración.

—Tienes razón, Paulina; íbamos a dejarlo abandonado como a un perro; peor que a un perro puesto que este animal ha tenido más suerte que su amo.

Los dos niños desandaron los veinte o treinta pasos que habían dado para alejarse y se arrodillaron junto al rígido cuerpo del accidentado. Rezaron un Padre Nuestro y un Ave María, se santiguaron y en seguida continuaron su camino, llevándose al perro que esta vez los siguió sin poner mucha resistencia.

Al amanecer del día siguiente, llegaron al pueblo de La Estrella. Estaban cansados y el sueño empezaba a hacer presa en ellos.

—Pasaremos a una casa y diremos que nos den alojamiento, dijo Damián, que todo le parecía fácil de hacer. Diremos que hemos quedado huérfanos y que vamos a Alcones donde tenemos una abuelita... ¿Cómo fué la dirección que nos dió él antes de morir? preguntó Damián a su hermana.

—Calle Dolores N.º 85... Su hija se llama Domitila Barrientos...

—Lo anotaré para que no se nos olvide.

Y Damián sacó una libretita y apuntó en ella la dirección.

(Continuará)

¿Cómo son recibidos en la casa que piensan pedir alojamiento?

HISTORIA GRAFICA DE CHILE



1.—La sublevación de los indios, encabezada por Michimalonco, empezó por exterminar a los españoles que trabajaban en los lavaderos de oro de Marga Marga y en Concón mataron a los que trabajaban en la construcción de un pequeño buque, prendiendo fuego a la nave recién terminada. Don Peiro de Valdivia salió de Santiago al frente de sesenta jinetes para castigar a los subleados.



2.—Los indios de Santiago aprovecharon la ausencia del capitán para atacar a los habitantes de la ciudad incendiando y saqueando, obligando a los españoles a refugiarse en la plaza. En medio de la pelea doña Inés de Suárez animaba a los soldados y peleaba también con la misma valentía que ellos. Hasta que los españoles montaron a caballo y cargaron sobre los indios que no pudieron resistirlos y se dispersaron derrotados.



3.—Cuando don Pedro de Valdivia volvió, no encontró de su naciente ciudad, sino ruinas todavía humeantes. Su situación era por demás angustiosa, sin casas donde guarecerse, sin provisiones, pues todo había sido saqueado, y con los enemigos al frente, en abierta rebelión. Pero el corazón del gran capitán no se acobardó por eso e inmediatamente dió las órdenes necesarias para reedificar la ciudad.



4.—Para evitar que las casas fuesen consumidas fácilmente por el fuego, hizo construir las paredes de adobes en vez de cañas y los techos de tejas en vez de totora. Y como todos temían que los indios volviesen de un momento a otro, trabajaban con las armas en la mano. Cavaban la tierra, araban, sembraban, estando siempre armados y los caballos ensillados, listos para entrar en la lucha.

ENTRETENIMIENTOS

Adivinanzas

Soy Domingo sin ser día,
soy santa sin tener altar;
soy María sin ser virgen,
con pecado original.

Al dar vuelta una esquinita
me encontré con un convento
las monjas eran de carne
y los padres eran de hueso.
Más arriba, dos puertas;
más arriba, dos ventanias,
y más arriba una plaza
donde corren los conejos.

Charadas

Mi primera y tercera, en los dormitorios;
primera y cuarta, Dios Pagano;
segunda y tercera capital Sud americana;
mi todo, poeta griego.

Cuarta tercia, un anfibio;
prima segunda, nombre femenino;
segunda prima, en las poesías.
Mi todo es un insecto.

Logogrifo

- 1 2 3 4 5 6 7 8.— Prenda de vestir.
1 6 2 4 5 8 0.— Fruta.
1 6 2 3 4 5.— Vegetal.
4 5 6 7 8.— Parte del cuerpo.
6 7 4 5.— Ciudad
1 5 8.— Alimento
6 5.— Nota musical
7.— Vocal

SOLUCIONES DE LA SECCION ENTRETENIMIENTOS

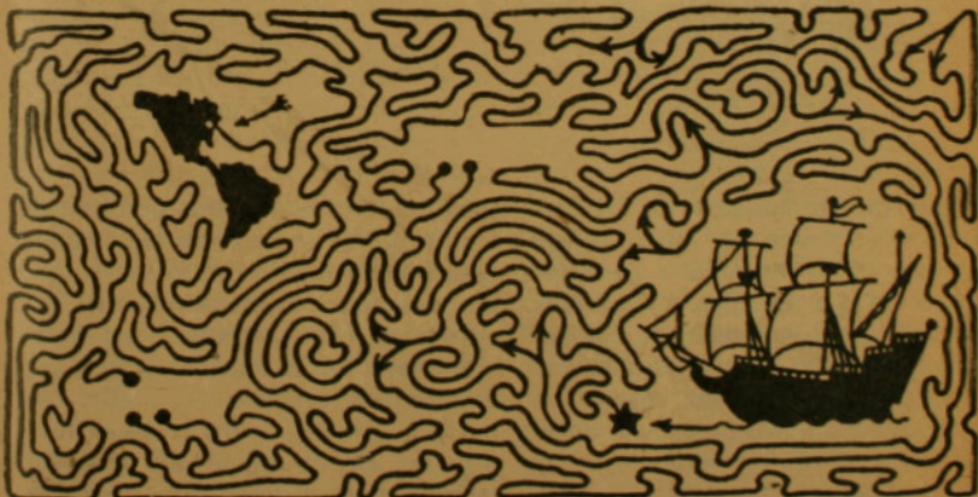
N.º 1

Adivinanzas.— 1.a El trigo; 2.a El preso y los grillos.

Charadas.— 1.o Murciélago; 2.o Carlota; 3.o Calígula.

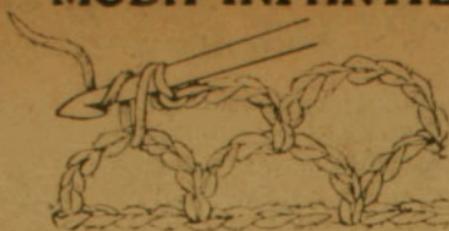
Jeroglífico.— Prelado

NOTA.— Nuestros lectores pueden remitir sus trabajos para esta sección, los que serán seleccionados y publicados oportunamente.

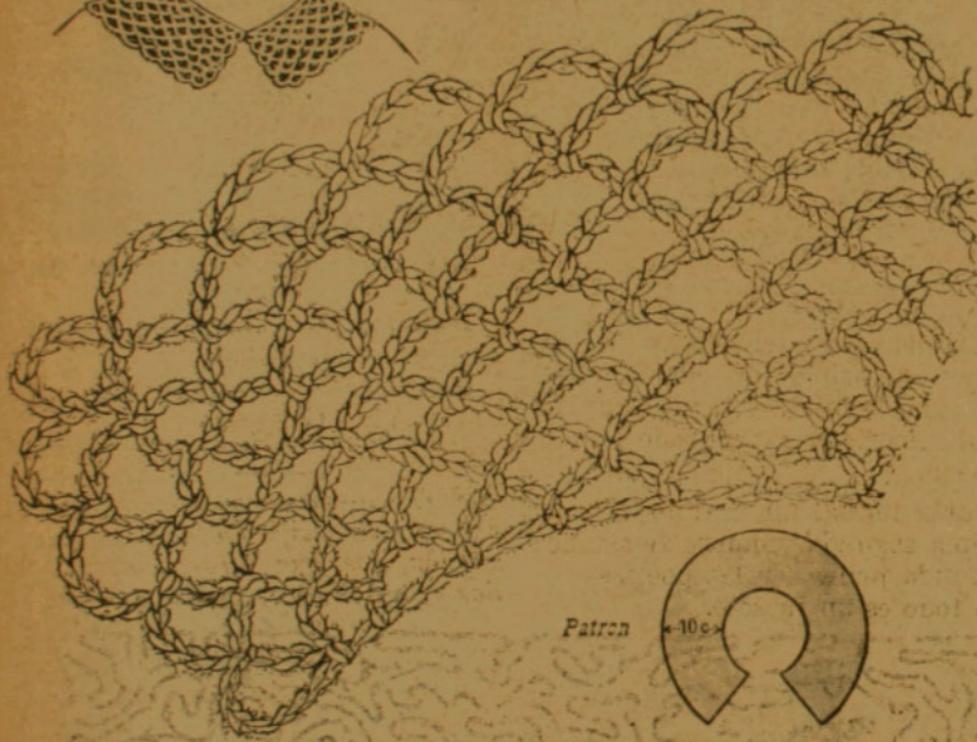


EL BUQUE A LA VELA

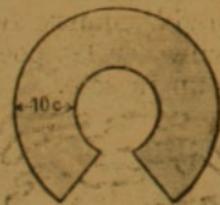
Este velero que ustedes ven aquí, anda perdido en medio del océano. Del punto en que se halla debe llegar a Nueva York (punto marcado con una flecha). Cada línea de este enredo representa un camino. ¿Cuál línea deberá seguir para llegar sin ningún tropiezo al punto señalado por la flecha, es decir, a Nueva York? La estrella indica el punto de partida.



CUELLO TEJIDO A CROCHET



Patron



Aquí tienen nuestras lectoritas un hermoso y elegante cuello tejido a crochet, muy asentador para las niñas de 8 a 12 años. Se emplea para esto lana con seda, de colores brillantes, como blanco, rosado, celeste, azul marino, coral, rojo, color limón, malva gris claro, usando el color en armonía con el traje.

Ejecución.— Una pelota de lana con seda de 10 gramos y un crochet de 3 milímetros. Empezar por la vuelta interior, es decir, por el rebaje, haciendo 35 cadenetas, volver

luego con 12 cadenetas, cerrar con medio punto, seguir con siete cadenetas, hacer medio punto sobre cuatro cadenetas, aumentando una cadeneta en cada corrida y así sucesivamente hasta completar siete corridas para terminar el cuello. Como ven ustedes, es un trabajo muy sencillo. En un rincón del grabado pueden ver un detalle que muestra el manejo del crochet. Y más abajo el patrón indica que el cuello es de 10 centímetros de ancho.

MARIETA



CAPITULO II

El secuestro de Hílas

Lista la nave para emprender su viaje, trascurre la noche y cuando la aurora tiñe con matices purpúreos la cima de las montañas, y el mar empieza a encrespase, aparece Tifs, el piloto, quien da a los nautas la voz de alerta. Embárcanse a toda prisa, preparan sus remos, y estremécese la nave ansiosa de partir.

Minerva colocó entre las hayas que sirvieron para la construcción del Argo, una mágica, y cuando Hércules penetra en el bajel, donde ya los nautas ocupan sus bancos que les fueron señalados, tiembla la quilla bajo sus plantas. Desátanse las amarras, Jasón vierte en el mar el vino propiciatorio, reman los nautas a compás, y el Argo, cual si danzara con ritmo sacro, deslízase sobre las olas, mientras que Orfeo pulsando la lira, dirige el armónico movimiento de los remos.

Es tanta la fuerza de los brazos, que la nave va en la cresta de las rugientes olas coronadas de espuma, dejando tras sí blanquísima estela, y fulguran a los rayos del sol los broncees que la adornan, cual si toda ella fuera una llama.

Desde lo alto del Olimpo, las deidades atónitas contemplan aquel puñado de héroes y semi-dioses que se lanzan a arrostrar las tempesta-

des, y trepan las ninfas a las peñas, para admirar desde allí, la nave maravillosa construída sobre los planos de Minerva.

Apenas salen del puerto, cuando Tifs abandona por un instante el timón, va al pie del mástil, afianza un cable, y manda izar la vela en lo alto. Pronto el viento favorable hincha la lona, la mar tórnase azul, entona Orfeo un himno a Diana, y a los ecos de su cítara, van saliendo a la superficie múltiples peces de diversos tamaños y plateadas escamas, que siguen la estela del Argo, cual oveja tras el pastor. Van quedando por la popa montañas y promontorios, doblan el cabo Sepista, y véñse obligados a arribar junto a la tumba de Dólope, para sustraer la nave a una inminente borrasca, mas, después de dos días, abandonan aquélla. La mar se muestra apacible, el viento es próspero, y alejándose de Afetas, tampoco quieren penetrar en la ensenada de Melibeo, que siempre es combatida por rudos vendavales; hacen rumbo hacia las costas de Tracia, consiguiendo al cuarto día de navegación contemplar la cima de la montaña sacra de Athos.

Tras de una breve permanencia en la isla de Lemnos, y después de recibir los agasajos de la reina Hisipilea, hácese a la mar de nuevo. Dejan atrás la isla de Somotracia, e impulsados por el viento Sur que les es favorable, avanzan hacia el



El rey aceptó admirado el magnífico presente que le hacía Jasón.

turbulento Estrecho que separa Asia de Europa.

Antes de aventurarse por tan peligrosa ruta, abordan a una costa de hospitalario país, donde se les ofrece un espléndido hospedaje, y los argonautas, aconsejados por Jasón, entregan al rey de la comarca, ricos presentes. El rey conocía este Oráculo: "Llamará a tu puerta una falange de héroes. No maquinas nada en contra de su nave, sino que por el contrario, franquéales tu mansión, y ten en cuenta que vienen de lejanas tierras, y que sería inícuo combatirles.

Los monstruos, hijos de la tierra, al ver que el Argo ha atrevesado la barra, apóstanse en una altísima cumbre, y desde allí arrojan sobre el bajel un gigantesco peñasco que cierra la entrada al río. Cuando los nautas desembarcan queda Hércules custodiando la nave, y se-

pulta uno tras otro a los monstruos en el abismo, trocando en rojo charco el puerto.

Los compañeros de Jasón que oyen de lejos la refriega, acuden, llevan anclas, despliegan velas y aléjanse protegidos por la brisa sin saber qué rumbo tomar, pero el Hado les depara un fondeadero que les pone a cubierto de todo peligro.

Una borrascosa fué el preámbulo de horribísimas tempestades que duraron doce días, y en este intervalo, ninguno de los argonautas pudo conciliar el sueño, mas al romper el alba de la décima tercera madrugada, un alción marino viene a posarse sobre la rubia cabellera de Jasón dormido. El grito agudo del ave avisa que ha terminado el mal tiempo, mas Mopso, temiendo que el alción fuese un núnem adverso, trata de desviarle del bajel, aunque sin conseguirlo, porque el pájaro detiéndose en la popa, posándose allí

sobre la escultura simbólica. Entonces el Arúspice convencido, exclama:

—Argonautas: pronto cesarán los huracanes y brillarán las estrellas en el cielo, porque el Oráculo ha predicho que un ave marina acariciará al caudillo en su sueño.

Yérguese Jasón regocijado, y a plena luz contempla el horizonte, que extiéndose ante sus ojos y aparece lejanísima envuelta en nieblas la boca del Bósforo. Desembarcan por unos instantes en la arenosa playa, para cumplir el sacrificio ordenado por Jasón, y su copa de oro vierte exquisito licor sobre los humeantes bueyes, mientras que los argonautas a los sonos de la lira de Orfeo, bailan una danza guerrera, y la acompañan haciendo chocar los pomos de sus espadas sobre los escudos metálicos.

La ofrenda Jasón origina múltiples prodigios. Los árboles recién

plantados y que apenas daban sombra, se cargan de frutas, germinan las rosas a los pies de los argonautas, cúbrese la tierra de olorosas violetas, y las fieras amansadas, van saliendo de sus cuevas.

De nuevo hácese la nave a la mar, y pujantes los remeros apuestan quién será el que tendrá más resistencia, bogando con tanto ímpetu, que el Argo avanza más rauda que el viento. Al caer la tarde, sopla brisa contraria, la falange fatigase y hubiera dejado los remos a no ser que Hércules les obliga al trabajo. Y nuevamente ante su esfuerzo potente, cruje la nave. Se encrespan de improviso las olas. Un golpe de mar derriba a Hércules y le arranca la mitad del remo, pero él sujeta el trozo que le queda en la mano y permanece en su banco.

Al anochecer, los nautas pisan tierra de Micia, y como es la hora en que los labradores retornan a sus cabañas, solicitados por los navegantes que buscan descanso en la ribera llevan al bajel, harina, miel, frutas y legumbres.

Jasón y sus camaradas se tienden bajo el follaje. Unos descansan sobre el blando lecho que les ofrece las hojas de los árboles y otros utilizan las ramas secas para encender una hoguera, sin faltar algunos que preparen una ofrenda a Apolo y hagan libaciones en su honor.

Hércules, apartándose de la falange, se ha dirigido al vecino bosque para procurarse un remo que sustituya al que arrancaron de sus nervudas manos las olas. Escoge un gigantesco pino, robusto cual un álamo, y al golpe de su clava lo desarraiga arrastrándolo hacia la

ribera, mas antes de llegar a ella, cúbrese con su piel de león y va a apagar la sed que le devora, en un manantial.

A toda prisa luego despójase Hércules de su vestidura, arroja el arco, las flechas, y a recios golpes desarraiga el pino corpulento.

Terminada la hazaña, recoge su veste, esgrime el árbol cual si fuese una lanza pensando en ir a buscar a su escudero, y a los nautas.

Entre tanto, el mozo en espera de su señor, prepara una agreste mesa para los comensales. Siempre fiel a Hércules que le arrancó de las manos de Drope, en formidable lucha trabada cerca del sacro manantial que abrevará ahora Hércules.

Corrían los días en que las ninfas celebraban a Diana con danzas y sonoros cánticos. Desde lejanas montañas y floridos valles iban apareciendo, primero, las que guar-

daban las selvas, luego las de los vergeles y ante el estático Hílas, mostróse una encantadora náyade.

El mozo, estaba tendido boca abajo, para beber el agua cristalina, inclinase tanto sobre el manantial, que la náyade asiéndole por los brazos, le arrastra hacia el cauce.

Polifemo, que se había alejado de la nave y recorría el solitario valle en busca de Hércules, oye el lamento desgarrador que exhala Hílas al sumergirse, y desnudando su acero corre en dirección hacia donde partió la voz.

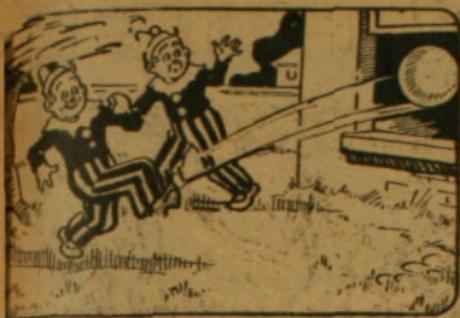
La furia se ha apoderado de él, y unas veces piensa que feroces bestias devoraron al mozo, y otras, que ha sido víctima de audaces ladrones. Blandiendo el arma, prrumpen en atronadores gritos con los que le llama, pero en vano, porque la náyade le retiene bajo las ondas.

(Continuará)



Orfeo tomó la lira y pulsándola con sus dedos maravillosos animó a los remeros.

Angelina y los Mellizos



1. Los mellizos jugando a la pelota formaban una alegre tremolina, hasta que al fin un puntapié de nota arrojó la pelota a la cocina.



2. Corrieron a asomarse a la ventana, y vieron asombrados un pudín que la hacendosa y diligente hermana pensaba repartir en un festín.



3. Mas Quico y Caco que son muy golosos con nadie compartir quieren la presa; y pintando y pintando presurosos a la chica durante una sorpresa.



4. De repente Angelina lanza un grito y de susto sus piernas están flojas; es que ha visto algo atroz, algo inaudito: ha visto a dos terribles pieles rojas.



5. Pronto Angelina huye del atraco y apenas sale de la dependencia, entran en la cocina Quico y Caco y se lanzan al pudín con impaciencia.



6. Clavan el tenedor avidamente en el rico manjar; ¡pero éste estalla! Entra Angelina y dice alegremente: —¡Es el propio balón de la batalla!



¿QUIEN RAPTO?

CAPITULO II



1. Jeff iba de mala gana, pues el muchacho se le había hecho muy simpático y le dolía tener que ir a desalojar a su padre del puesto de administrador. De pronto sintió la carrera de un caballo y pronto vió que éste corría sólo.



2. Jeff lo atajó y tomándolo de las riendas vió que llevaba la marca de la Doble V. —;Alguien del rancho debe estar en serio peligro!, exclamó el joven cowboy. La persona que montaba este caballo se ha caído o ha sido derribada.



3. siguiendo las huellas del caballo fugitivo y llevándolo de las riendas, Jeff Warren dió al fin con el jinete. ¡Y qué jinete! Era nada menos que una joven hermosísima y estaba paralizada por el terror al ver que se le acercaba un gran oso gris.



4. La fiera estaba ya casi encima de la joven. No había un segundo que perder. Al sentir ruido de cascos de caballo, el oso vaciló y volvió la cabeza. Jeff aprovechó esa vacilación para disparar contra la fiera que cayó al suelo herida de muerte.



5. Mientras Jeff se desmontaba, la joven, con su linda cara, pálida de emoción, se acercó al joven cowboy y le dijo: —¡Gracias, señor, por haberme salvado la vida!— Y yo estoy encantado de haber llegado a tiempo, replicó Jeff sonriendo.



6. Jeff acercó el caballo para poner las riendas en manos de la joven y le dijo:— Crea que usted tiene algo que ver con el rancho de la Doble V., ¿verdad?—SI, señor; me llamo Carol Henson y soy hija del administrador del rancho Doble V.

A HENSON?



7. La joven montó en su caballo y antes de alejarse por el camino, se dirigió a Jeff diciéndole: —Espero que vaya usted a visitarnos al rancho, señor; mi padre se alegraría de conocerlo. Y Carol Henson, después de esta invitación, se alejó al galope.



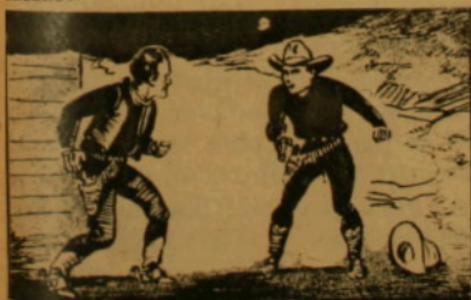
8. Jeff muy asombrado con lo que había oído, contempló alejarse a la bella joven cuyo padre iba a ser despojado de su investidura de administrador por el mismo que había salvado a su hija de la muerte y había defendido a su hijo contra un matón.



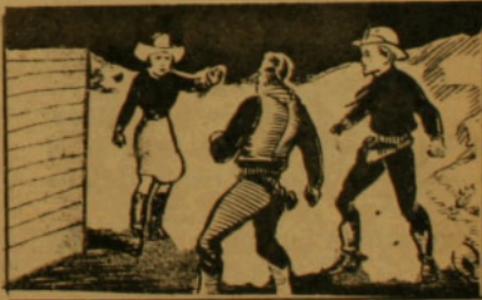
9. Todo eso desconsolaba a Jeff Warren. ¿Pero qué hacer? Tenía que cumplir con la misión que le habían encomendado y que él se había comprometido llevar a cabo. Montó a caballo y siguió detrás de Carol. De pronto vió que un hombre maltrataba un caballo.



10. Jeff sentía verdadero cariño por los caballos y al ver la crueldad con que el hombre castigaba al noble bruto, se sintió poseído de santa indignación y saltando del caballo agarró violentamente de un brazo al hombre y le gritó: ¡Basta!



11. ¿Quién le mete a usted en lo que no le importa?, exclamó el otro y lanzando un horrible juramento echó mano a su revólver para castigar la intrusión de Jeff; pero este fué más rápido y lo encañonó con el suyo que sacó rápidamente de la funda.



12. En ese mismo momento se oyó una voz femenina que gritó imperiosamente: — ¡Nada de tiros, señores! Ambos hombres volvieron el rostro y divisaron a Carol Henson. La joven se dirigió al contendor de Jeff y le dijo: —¿Qué ocurre, Joe?

(Continuará)



LA FUNDACION

En un hermoso rincón de la isla construyeron una casa de piedras y paja. No pasaron hambre, porque les quedaba todavía un poco de arroz. Después Chou descubrió que había una ciudad al otro lado de la montaña. El y Wu Yi recogieron leña y la llevaron a vender, ganando así lo suficiente para su subsistencia.

Un día, cuando Chou acababa de derribar un árbol muy corpulento, llegó un negro nubarrón por la parte del Oeste.

“En los cuentos de hadas —pensó Chou,— estos nubarrones son siempre espíritus malignos. Le daré un golpe con mi hacha.

En efecto, cuando el nubarrón pasó por delante, Chou le descargó un hachazo con todas sus fuerzas, y el hacha quedó cubierta de sangre. La nube huyó hacia el Sur, y Chou la persiguió con su arma, pero a unas cinco millas de allí la vió desaparecer debajo de una piedra que, indudablemente ocultaba algo. Logró levantarla con gran esfuerzo, y dejó al descubierto un negro agujero que penetraba en la tierra. Chou volvió a colocar cuidadosamente la piedra y, tras señalar el sitio, regresó adonde había dejado a Wu Yi.

—Te estuve buscando por todas partes —dijo Wu.— ¿Dónde has estado?

—No me equivoqué con aquel negro nubarrón —contestó Chou.— Se trataba de un espíritu a quien herí con mi hacha. ¡Mira! Todavía conserva alguna sangre.

—¡Oh!, no te preocupes por eso —dijo Wu Yi.— Es casi de noche y debemos regresar a casa; madre nos estará esperando a la puerta.

Advirtiendo que su hermano estaba de mal humor, Chou no dijo nada y se echó a hombros el haz de leña. Como era ya tan tarde, se dirigieron directamente a su hogar sin ir a la ciudad a vender su mercancía. Al aproximarse a la casa, Chou se sorprendió de no ver a su madre a la puerta, y, al mirar con más atención, observó que el lobo estaba comiendo algo. Sí, el lobo que había salvado de las aguas estaba devorando a su madre. Chou levantó entonces el hacha y saltó los sesos a la fiera; pero la madre estaba ya muerta. Ambos jóvenes se echaron a llorar. Wu Yi fué el primero en recobrarse y decir:

—No llores, hermano. Está muerta y todas nuestra lágrimas no la volverán a la vida. Llévemola a casa y mañana iremos a vender nuestra leña y compraremos un ataúd para enterrarla.

Chou se secó los ojos y ayudó a Wu a llevar el cadáver a la casa. Allí se pusieron otra vez a llorar, y se acostaron sin cenar nada.

Al día siguiente, Chou se quedó con el cadáver, y Wu Yi se marchó a la ciudad. Allí vendió la leña, y con el dinero que le dieron, compró un ataúd de los más baratos. Los dos hermanos colocaron en él el cuerpo de la madre y lo enterraron en un bello rincón del jardín. Después siguieron su vida, cortan-

do leña y llevándola a vender a la ciudad.

En cierta ocasión en que Chou fué a vender su mercancía, dejó la carga en el suelo y se detuvo a descansar un momento en la puerta de la muralla. La multitud se agolpaba frente a un aviso colgado de ella y, no pudiendo leerlo, Chou preguntó a un anciano de qué se trataba. Y el anciano contestó:

—Cierta día la hija de Su Excelencia Wang fué arrebatada de su jardín por un espíritu maligno transformado en nube. El que la encuentre recibirá diez mil onzas de oro, y si tiene más de veinte y menos de treinta años, podrá hacerla su esposa.

Cuando Chou oyó esto, recordó su aventura de unos días antes y regresó a su hogar para escuchar el consejo de su hermano. Repitió, pues, a éste, el contenido del aviso fijado en la puerta de la muralla,

y le preguntó si estaba dispuesto a ir con él a la cueva del espíritu.

—Claro que sí —dijo Wu.— Si no encontramos a la joven, no por eso estaremos peor; y si damos con ella, seremos ricos y tendremos una esposa.

A la mañana siguiente, Chou volvió a la ciudad, se dirigió al palacio de Su Excelencia y dijo a los porteros:

—Anunciad a Su Excelencia que estoy aquí. Sé dónde está oculta su hija y me ofrezco para ir a buscarla.

Los porteros informaron a su amo de que se les había presentado un hombre diciendo que sabía donde estaba su hija. Su Excelencia ordenó que le hiciesen pasar en seguida y le preguntó su nombre, de dónde venía y qué era lo que sabía. Chou le dijo su nombre y añadió:

Un día, mientras cortaba leña en el bosque, vi avanzar una nube muy



BRUNO

Chou, después de haber edificado la cabaña, se entregó a la tarea de cortar árboles.

negra por la parte del Oeste. Como siempre he oído que tales nubarrones son espíritus malignos, decidí herirle, y cuando retiré el hacha estaba llena de sangre. Después perseguí a la nube hasta que se metió en un agujero cubierto con una piedra. Todo esto sucedió el mismo día en que fué raptada vuestra hija.

—Entonces está irremisiblemente perdida, si es que dices la verdad —exclamó desesperado Su Excelencia. Pero se reanimó bastante cuando Chou le dijo que bajaría a la cueva y buscaría a la joven.

—Ve en seguida. ¿Necesitas soldados o armas? —preguntó.

—No —dijo Chou;— solamente quiero un cesto, una cadena larga y un palanquín para traer a vuestra hija.

Su Excelencia ordenó que se preparase todo, y Chou envió un mensajero a su casa para comunicar a Wu Yi el resultado de su visita. Después se colgó el hacha al cinto y se puso en camino. En las afueras de la población se habían reunido cincuenta o sesenta personas, enviadas por Su Excelencia, y una multitud de curiosos. Chou y Wu abrieron la marcha y, espoleados por su excitación, no tardaron en llegar a la cueva.

—Hermano —dijo Chou a Wu, —sujeta el cesto a la cadena y áttate el otro extremo a la cintura. Me bajarás en el cesto, y en cuanto dé un tirón a la cadena te apresurarás a subirme.

Chou se apretó el cinturón, empuñó el hacha, entró en el cesto y se dejó bajar a la sima. Cuanto más descendía, más ancho se iba haciendo el agujero, y al llegar a unos treinta o cuarenta pies tocó tierra. Durante el descenso todo era obs-

curidad abajo y claridad arriba, pero en el fondo se invirtieron los términos.

Chou saltó del cesto y miró a su alrededor. El lugar en que se encontraba era un jardín; crecían por todas partes hermosos árboles y flores tan bellas como jamás había visto. La tierra estaba cubierta de un césped tan suave que apenas se atrevía a pisarlo. Al fondo se elevaba una montaña artificial, y aunque todo aparecía iluminado, no se veía el sol en el cielo.

Chou no perdió el tiempo en contemplar tantas maravillas, sino que empuñó el hacha y se puso en camino hacia la montaña artificial. Desde su cumbre descubrió entre los árboles una casa de piedra. Atisbó con cuidado por la puerta y vió un espíritu dormido en un sillón. Tenía el rostro de un azul grisáceo, cabellos y barbas rojas y abultados labios, por entre los que asomaban dos grandes colmillos. Vestía una larga túnica bajo la que asomaba un pie todo hecho una llaga. A su lado, en el suelo, había un lebrillo con agua caliente, y una hermosa doncella de triste y pálido rostro, le lavaba continuamente la úlcera con una esponja empapada en el agua.

Chou tosió ligeramente, hasta que la doncella le oyó y le hizo seña de que se apartara a un lado, no fuera que le viese el espíritu. Después salió a la puerta andando de puntillas.

—¿No eres tú la hija de Su Excelencia Wang? —le preguntó Chou.

—Sí, —contestó ella— Pero, ¿a qué has venido aquí?

—A buscarte —dijo Chou.

—¡Oh! —suspiró la joven.— El espíritu es muy peligroso. Tiene 7 cabezas, y si se le corta una, le cre-



Entonces vi avanzar una nube muy negra por encima de mi cabeza.

ce otra inmediatamente. Hace unos días le hirió un leñador en un pie, y yo tengo que lavarle la herida. En este momento está dormido.

Se oyó un ruido y el espíritu se despertó sobresaltado. La joven dijo a Chou que se ocultase en el bosque y corrió junto a su amo, al que continuó lavándole la herida.

El espíritu miró a su alrededor y dijo lanzando un gruñido:

—¡Huelo carne humana!

—Pero, señor —replicó la joven, —llevo muy poco tiempo aquí, y quizá sea la mía la que oléis.

El espíritu quedó satisfecho con esta respuesta y se volvió a dormir.

Chou, entretanto, corrió a la ventana de la caverna, tiró de la cadena para que le bajasen el cesto y se hizo subir a toda prisa.

—La doncella está ahí —dijo a la excitada muchedumbre;— pero el espíritu que la tiene cautiva es muy peligroso. Tiene siete cabezas,

pero yo encontraré el medio de cortárselas todas. —Y añadió dirigiéndose a Wu— Si llego a matar al espíritu, te enviaré primero a la doncella y luego subiré yo.

Wu hizo un gesto de conformidad, pero iba ya incubándose la traición en su cerebro. Chou, sin embargo, no sospechó nada, y se hizo bajar una vez más a la cueva. Llegado al fondo, empuñó el hacha, se arrastró por el bosque hasta llegar a la puerta de la casa y escuchó para cerciorarse de que el espíritu dormía. La joven continuaba lavándole el pie con agua caliente. Chou le mostró el hacha, y ella asintió con un gesto. Entonces Chou se deslizó detrás del espíritu y le cortó una cabeza. Pero inmediatamente le creció una nueva, que cortó también, y solo cuando hubo caído la última empezó a brotar la sangre.

(Continuará)

Aventuras de Pepito y



1.—Unos cisnes que olieron el jamón, quisieron darse un atracón y Chochi, ya pasada su sorpresa, hace en defensa del jamón su presa.



2.—Al mirar en peligro la despensa, obra Chochi en legítima defensa, trinca a un cisne del cuello, y éste le hace un chirlo en la cabeza.



3.—Con los pañuelos hacen filigranas y vendanle la cabeza al pobre can... Una vez terminada la contienda, con parte del jamón hacen merienda.



4.—Una playa les da puerto seguro, en donde descansar de tanto apuro, porque a Chochi la fiebre le arrebató y está en peligro de estirar la pata.



5.—Hacen a Chochi cama diminuta, y de un árbol pretenden coger fruta; pero el guarda les dice que no es bueno "tomar la fruta de cercado ajeno"



6.—Y cogiendo a Pepito de una oreja, les recuerda una vieja moraleja: "Respetá lo que debes respetar, y no tendrás lo tuyo que guardar"

de su perrito "Chochi"



7.—Viendo a los cuatro tan arrepentidos, el guarda les dió fruta y consejos, y cuando agradecidos, embarcaron, contentos y satisfechos le aclamaron.



8.—Un viento asustador que se levanta, quita a Chochi el colchón y hasta la manta. Viento, jamón y susto, y la tripulación salta de gusto.



9.—El temporal arreceá por momentos. Pepito a quien asustan los lamentos de Chochi y de sus compañeros, piensa en siniestros y naufragios.



10.—Llévalos mar adentro la tormenta, que con gran aparato se presenta, de la que ellos pretenden resguardarse, con el toldo que pueden prepararse.



11.—Al Cielo ellos su oración ofrecen, mientras Chochi, se encarga del timón, y sólo esperan que la Providencia les perdone el pecado de imprudencia.



12.—Ya de noche, divisan la luz roja de un submarino, que se les antoja, una hermosa ballena iluminada. ¿Qué pasará en la próxima jornada?

El Rey de la Montaña de Oro

Vivía en cierto país un rico comerciante que tenía dos hijos, un niño y una niña. Todas sus riquezas estaban en dos grandes navíos que hacían la travesía de los mares y los que se esperaban verlos llegar de un momento a otro. Mas sucedió que una mañana, vino la triste noticia de que sus barcos habían naufragado, y así al rico comerciante no le quedó otra fortuna que un pequeño terreno que poseía en las afueras de la ciudad.

Paseaba un día cabizbajo por su campo, cuando súbitamente se le puso delante un feo enano, que le habló de este modo:

—¿Por qué estás tan triste?

—He perdido toda mi fortuna —replicóle el comerciante— y todo lo que me resta es este terreno.

—No te aflijas, —añadióle el enano.— Si dentro de doce años me traes lo primero que te salga al encuentro esta tarde, al regresar a tu casa te daré todo el oro que desees.

—No tengo ningún inconveniente —le respondió el comerciante, pensando que su perro, como de costumbre, saldría a la carretera a esperarle.

Pero no fué así. De vuelta al hogar encontró a su hijo.

Transcurrió un mes y pensó el comerciante: “Aun no he recibido oro alguno; me parece que el enano se ha burlado de mí”.

Pero ello fué que subiendo una vez al desván a buscar un trasto viejo para venderlo, encontró en un rincón un montón de oro, y su júbilo fué grande al verse otra vez rico.

Mas los años corrían, y su hijo se hacía un gallardo muchacho. Esto entristecía profundamente a su padre, que recordaba su pacto con el enano, y no pudiendo ocultar por más tiempo su angustioso secreto, se lo comunicó a su hijo.

—No te importe, padre, tu promesa, —le dijo, animándole.— No me dejaré separar de tu lado por el enano.

Llegó el día en que se cumplía el plazo, y ambos se encaminaron al campo a esperar al hombrecillo.

Así que éste hubo llegado, preguntó al comerciante:

—¿Me has traído lo prometido?

—No, respondió el padre; pero el hijo habló de este modo:

—¿Qué es lo que quieres?

—No he venido a hablar contigo, sino con tu padre, y quiero que me dé lo prometido —le contestó el enano.

Siguióse después una gran discusión, y al fin convinieron que el joven bogaría solo en una barquita por el lago vecino. Pensó el padre que su hijo moriría ahogado, y así volvió a su casa solo y lleno de zozobra. Pero la pequeña embarcación se alejó tranquilamente deslizándose con suavidad en el agua y acabó por detenerse al pie de un soberbio castillo solitario y desierto, y que, al decir de las gentes, estaba encantado. Saltó el muchacho fuera de la barca y se aventuró por las galerías y estancias del castillo, hasta llegar a un salón en que había una serpiente blanca.

Era ésta una princesa encantada, la que al ver al joven, díjole:

—Os he esperado durante doce años. Ahora escuchad. Esta noche os sorprenderán doce hombrecillos negros, arrastrando largas cadenas; esos hombres os preguntarán quién sois y qué hacéis aquí. No les respondáis, aunque os golpeen y os hieran. Mañana a la noche serán doce más, y la tercera noche vendrán veinticuatro más y os cortarán la cabeza. Pero a las doce de la misma noche acabará su poder mágico y yo volveré a mi primitivo ser. Entonces os lavaré con el agua de la vida, y estaréis sano y salvo.

Todo sucedió como la princesa encantada había predicho, y al llegar la tercera noche la serpiente blanca quedó transformada en una hermosa princesa, que se casó con el hijo del comerciante, quien fué el rey de la montaña de oro.

Por largos años vivieron felices y la reina tuvo un hermoso niño.

El rey que no olvidaba a su padre, deseaba volverle a ver, mas su esposa procuró disuadirle de su intento, diciéndole:

—Si vas a verle nos sucederá algo terrible.

Pero él no tuvo en cuenta este aviso, y entonces la reina, visiblemente conmovida, le dió un anillo mágico, advirtiéndole:

—Póntelo en el dedo meñique, y con el alcanzarás cuanto desees; pero prométeme antes, que no has de querer, al verte en casa de tu padre, que yo vaya a reunirme contigo.

Hízolo así el rey, y ajustando el anillo a su dedo, deseó encontrarse en la ciudad en que vivía su padre. Mas como los centinelas no le deja-

rían pasar por sus puertas al verle vestido con un extraño traje, se puso la vieja zamarra de un pastor, y así disfrazado llegó a su antigua



Al llegar la tercera noche, la serpiente blanca se transformó en una bellísima dama: era la Reina de la Montaña de Oro.

casa. No le reconoció su padre, y le dijo:

—Tú no puedes ser mi hijo, pues murió hace mucho tiempo.

—Sí, yo soy vuestro hijo —replícale el rey de la montaña de oro. ¿No tengo en mi cuerpo ninguna señal por la cual me podáis reconocer?

—Sí —dijo la madre;— nuestro hijo tenía un lunar en el brazo derecho. Mostró el joven rey la señal, y entonces los ancianos reconocieron a su hijo. Contóles éste sus extrañas aventuras y cómo era rey y estaba casado con una hermosa princesa y que tenía un hermoso bebé.

Pero el comerciante no creyó que dijera verdad.

—Si es así —le preguntó,— ¿cómo siendo rey vas con esa sucia zamarra?

Irritó al joven la incredulidad de su padre de tal modo, que deseó que su esposa y su hijo estuvieran allí, y éstos se presentaron inmediatamente. La reina sumamente disgustada, le dijo que había quebrantado su promesa y que por ello serían desgraciados.

Cierto día, en que el rey y la reina paseaban por aquellos lugares, señaló el rey a su esposa el sitio en que estaba la barca que le había llevado al castillo y como se sentían muy cansados, se sentaron, quedando el rey dormido a los pocos minutos. Deseosa la reina de castigarle por haber faltado a su palabra, quitóle el anillo del dedo, y deseó estar con su hijo en su palacio.

Cuando el rey, al despertar, se encontró solo, y advirtió la falta del anillo, pensó con tristeza: “Ya no puedo volver más a casa de mi padre, pues me dirían que soy un brujo. Caminaré hasta que encuentre las fronteras de mi reino”.

Púsose, pues, en camino, y no paró de andar hasta que llegó al pie de una montaña, donde tres gigantes estaban disputando sobre una herencia. Al verle pasar, se dijeron: “Los hombrecitos blancos tienen mucho ingenio; veréis cómo éste compone nuestras dificultades”.

Consistía la herencia en una espada que cortaba la cabeza de cualquiera con sólo decir su dueño: ¡Abajo la cabeza!; un manto que hacía invisible al que se la pusiese o le daba el aspecto deseado y un par de botas misteriosas que, una vez calzadas, transportaban a quien las tenía puestas al sitio que desease.

Después de escuchar el rey a los gigantes, les respondió:

—Antes de fallar debo probar la eficacia de esas tres cosas admirables.

Diéronle la capa y el rey, deseando volverse mosca, en un abrir y cerrar de ojos, quedóse convertido en dicho insecto.

—La capa está bien —les dijo;—dadme la espada.

—Sí, pero con la promesa formal de que no dirás: “Cabezas abajo”, pues si tal dices, somos hombres muertos.

Así, pues, probó el rey la virtud de la espada en el tronco de un árbol.

Díjoles después el rey:

—Alargadme las botas, para hacer la última prueba.

Cuando el rey tuvo en su poder las tres maravillas deseó hallarse en la montaña de oro, e inmediatamente las botas le transportaron a dicho lugar. Al acercarse el rey al palacio, oyó una algre música, y tratando de averiguar lo que pasaba, le dijeron que la reina se volvía a casar con otro príncipe.

Indignóse el rey ante tal noticia, y embozándose en su capa maravillosa entró al palacio.

Celebrábase en él un espléndido festín. Sentóse el rey al lado de la reina y cuando ésta iba a llevar a sus labios la copa o cualquier manjar, el rey se lo quitaba de las manos.

Aterrada, levantóse la reina de la mesa y fué a su cámara, seguida por el rey, quien, merced a la

virtud de la capa, se había hecho invisible.

—¡Ay de mí —exclamó la reina creyéndose sola:— ¡Aún soy víctima de algún encantamiento!

Quitóse el rey el manto mágico y le dijo:

¡Yo te he salvado la vida y tú me has engañado! ¡Es éste el pago que merezco!

Dicho esto, encaminóse al salón del festín e invitó a los convidados a que se retirasen, pues la boda no se celebraría, puesto que él era el verdadero rey. Rieronse los comensales de tales palabras e intentaron arrojarle de allí, mas desenvainando él la espada pronunció las palabras misteriosas y las cabezas de todos los convidados rodaron por el suelo.

De esta manera volvió a ser rey de la montaña de oro y vivió feliz con su esposa e hijo por largo tiempo.



Padre e hijo llegaron junto al lago donde debían esperar al Enano.

CORRESPONDENCIA

SE ADVIERTE A LOS LECTORES DE ESTA REVISTA que pueden enviar sus trabajos a Casilla 6562, Correo 4, Santiago, que serán seleccionados y publicados en su oportunidad los mejores. Pronto se abrirá un concurso para dibujantes.

Nenita.— Claro que usted puede enviar su fotografía la que se publicará en la página destinada a la Galería Infantil.

Beba.— Creo que luego se hará un concurso de cuentos, siendo premiados los mejores y por supuesto también publicados. Así que puede usted irse preparando

para este gran concurso de aficionados.

Pila Fuentes.— Muy simpática su cartita y trataremos de darle la novelita que usted tanto desea leer. Tenga paciencia y espere un poco.

Yoyo.— Qué raro seudónimo ha elegido, pero por lo mismo es simpático. Envíe el cuentecito que tanto desea ver en letras de molde, ya veremos como sale.

Elba Farías.— La suscripción a esta Revista vale \$ 50.— al año. Se le enviará a la provincia que indique y como de aquí sale el día antes, la recibirá siempre a tiempo.

SECRETARIO

En el próximo número comenzaremos a publicar la hermosa novela "EL TESORO LEJANO."



FEDERICO ZEISS D.



VIRGINIA GONZALEZ M.

EL AVELLANO

(GUEVINA AVELLANA. MOL.)

Florece este arbusto, de 1.60 mt. de alto y 0.60 ctm. de diámetro, en Enero y Febrero. Su fruto es comestible y su cáscara de color verde al principio, después coralina y una vez madura negro violeta, es rica en tanino. Las semillas tostadas o hervidas son comestibles y trituradas pueden servir para preparar un café muy parecido al café de malta, muy recomendable para las personas nerviosas. Es además un gran alimento para los cerdos.

Su madera es elástica, tenaz y liviana pero poco resistente a la acción atmosférica.

En el sur, se la emplea para la elaboración de remos y aun de botes pero estos últimos duran poco.

Los indígenas hacen con ella sus estribos. Las deformaciones nudosas de algunas ramas de árboles viejos son utilizados como bolas en el juego de la chueca.

EL MATAPIOJO

(PHENES RAPTOR RAMB.)

Clase Insectos Orden Odonatos.

Este bello insecto es uno de los alguaciles más grandes de nuestros odonatos chilenos, vuela desde Enero a Febrero casi en todo Chile, durante su vida adulta es muy benéfico por la gran cantidad de insectos que devora de todos tamaños, especialmente zancudos y otros dípteros hematofagos y molestos al hombre.

Pone los huevos en las aguas detenidas y su larva se desarrolla en el agua y su alimentación consiste en larvas de insectos acuáticos especialmente en larvas de zancudos. Destruyendo así una cantidad grande de este díptero tan molesto al hombre y otros mamíferos.





LA REINA DE LAS NIEVES

Mientras le peinaba el cabello, Gerda se había olvidado por completo de Kay, porque la vieja era maestra en artes mágicas. Pero no era una mala bruja; solamente pronunciaba sus encantamientos para divertirse. Quería que Gerda la acompañara, y para evitar que la niña recordara a su amiguito al ver las rosas del jardín, blandió su cayado sobre ella; y las hizo ocultarse debajo de la tierra.

Llevó a la niña al jardín y ahí había todas las flores propias de las cuatro estaciones del año. Gerda saltó de alegría al verlo, y durante todo el día jugó por entre los cerezos. Luego la vieja la acostó en una linda camita de cobertor de color de rosa, adornado con violetas. Allí durmió y tuvo hermosos sueños, como una reina el día de su boda.

Al día siguiente también jugó con las flores del jardín y así

transcurrieron muchos días. Gerda conocía de nombre todas aquellas flores, pero tenía la impresión de que faltaba una, aunque no la recordaba.

Un día al mirar las flores pintadas en el sombrero de la vieja, notó que la más linda era una rosa, que la dueña de la casa había olvidado. Estas son las consecuencias de una distracción.

—¡Caramba —exclamó Gerda.— ¿No hay rosas en el jardín?

Salió a buscarlas con todo detenimiento, pero en vano. Sus ardientes lágrimas cayeron sobre los lugares en que solían crecer los rosales; y cuando aquellas cálidas gotas se filtraron en la tierra, surgieron nuevamente los rosales tan llenos de flores como antes. Gerda besó y abrazó los arbustos, y al ver aquellas flores recordó a su amiguito Kay.

(Continúa en el próximo número)